

EUGENIO AGUIRRE



TEMPLO  
DE SANGRE

UNA APASIONANTE NOVELA SOBRE LOS MISTERIOS  
OCULTOS DEL TEMPLO MAYOR

## Índice

Capítulo I  
Capítulo II  
Capítulo III  
Capítulo IV  
Capítulo V  
Capítulo VI  
Capítulo VII  
Capítulo VIII  
Capítulo IX  
Capítulo X  
Capítulo XI  
Capítulo XII

Acerca del autor

Créditos

*A José Calafell, por su inquietante  
propuesta y su apoyo.*

## I

Pedro Chimalli tiene una vocación siniestra: le fascina degollar a la menor provocación a las personas. No se trata de una patología o de una malformación cerebral; tampoco es producto de la mente degradada propia de los prototipos criminales establecidos en las sesudas investigaciones del criminalista César Lombroso. Su comportamiento obedece a cánones que no por ser añejos, prácticamente congénitos, y con una carga legendaria que se remonta a varios siglos en el tiempo, dejan de ser sencillos. Su conducta acusa una proclividad visceral muy de acuerdo con los aires que provocan remolinos de violencia en una sociedad sanguinaria e indiferente.

Pedro sabe, porque lo vive casi todos los días, que el dolor que provocan la mutilación y la muerte, por muy escandalosas y difundidas que sean, se diluye pronto en la conciencia de los individuos, y no se diga en los conglomerados sociales. No acaba de divulgarse en los medios impresos y audiovisuales la masacre de *n* número de personas en cualquier población del país o el descubrimiento de innumerables fosas clandestinas con varias decenas de cadáveres putrefactos, cuando aparecen nuevas noticias infaustas que opacan y diluyen, con mucho, los efectos de las anteriores, las

que, paradójicamente y no porque se aclaren o resuelvan, quedan olvidadas por acumulación.

A él le toca —así lo cree desde que alcanzó la pubertad y se vio involucrado en los trafiques del narcomenudeo y fue reclutado como sicario para resolver las cuentas pendientes— rellenar los huecos que van quedando en ese largo rosario de individuos asesinados, de los que la única constancia que queda es la publicación de escuetas notas que describen la aparición de un cuerpo desmembrado en los llanos de *Estaba tirado*, en las cunetas donde *Era devorado por los perros*, en los automóviles de muy diversa catadura donde *Se encontró el cadáver de un individuo descabezado*, y muchas otras variantes que salpimientan las necrologías más que nada para darle sabor al caldo y para que la gente no se aburra.

Una responsabilidad que a pesar de ser más cabrona que bonita lo satisface y gratifica ampliamente. Educado a salto de mata en el barrio de Tepito, donde cursó hasta el cuarto año de primaria, a la vez que se desempeñaba como canchanchán de los matarifes y carniceros del rastro de la Central de Abasto, Pedro aprendió a destazar reses, puercos y a descabezar gallinas con una destreza y precisión notables. Músculos, tendones y vísceras eran seccionados por sus manos con meticulosidad de cirujano hasta dejar la carne maciza, los filetes y las costillas listos para el asadero. A pesar de que la sangre manaba a borbotones y se desparramaba por los canales del suelo, nunca le manchó el mandil y mucho menos el rostro. Un carnicero pulcro, inmaculado, cuya imagen sin mancha podría haber ilustrado la carátula del *Ventre de París* de don Émile Zola. Su fama cundió en el rastro y en muchos otros mercados donde se le solicitaba para preparar

carnitas y, cuando era necesario, barbacoas que eran obleas para halagar los paladares más exigentes.

No tardó mucho —era inevitable— en llamar la atención de las bandas criminales que, como la del *Mochaorejas*, dedicada al secuestro de personas, comenzaron a hacer uso de las mutilaciones —dedos y pabellones auriculares— como forma de presión y moneda de canje para obtener las cantidades en metálico exigidas para liberar a sus rehenes. Así, fue reclutado por un grupúsculo de asesinos, apéndice de los Zetas, especializado en el desmembramiento de cuerpos, conocido entre sus pares y algunos asnos de los cuerpos policiales como los *Jackes destripadores*.

—Ya sabes, mi buen, a este fiambre hay que partirlo en cuartillos, en porciones de medio litro para que quepa en una maleta —ordenó *el Matracas*, mientras Pedro enfrentaba por primera vez una tarea que a pesar de parecerle extravagante y macabra no le provocó náuseas ni repugnancia, sino alegría. Alegría que subió de tono cuando el fulano aclaró—: ¡Ah!, separas la cabeza y la metes en este costal de yute. Para que los jefes sepan a quién nos cargamos.

Pedro Chimalli se esmeró en su trabajo. Enfundó sus manos en unos guantes de látex que había comprado en un baratillo de la Merced con el objeto de no dejar impresas sus huellas dactilares, colocó el cadáver de frente sobre una plancha de granito y dedicó unos minutos para observarlo con detenimiento. La cara aún conservaba un fruncimiento que le pareció antipático: un rostro cubierto de arrugas prematuras en el que se entremezclaban el miedo y el asombro; una ciruela pasa de tonos ocre y amarillos en la que el rígor mortis pasó desapercibido. El cuerpo, en cambio, ya estaba duro, tieso como una lámina de asbesto perforada por

dos fogonazos de grueso calibre sobre la tetilla izquierda. No quiso perder más tiempo. De un maletín que llevaba consigo tomó tres cuchillos, dos de hoja lisa y otro con el filo aserrado, una hachuela con mango corto de madera y otras herramientas que le servirían como afiladores. Cercenó la cabeza de un tajo y recogió la sangre en un tambo colocado ex profeso. Luego, antes de proceder a cortar los brazos a la altura de las clavículas, tuvo el impulso de abrir el tórax y extraer el corazón de la víctima. El órgano salió limpio y quedó dormido en sus manos. Un estremecimiento recorrió su piel a la par que se elevaba su temperatura. Tuvo que agitar su cuello e intentar sacudirse la imagen de un adoratorio ensangrentado que flotaba frente a sus ojos y reverberaba sobre un templete con pulsaciones perversas.

Unas voces proferidas con el sabor agridulce de la lengua náhuatl que había escuchado en las callejuelas del barrio pero que no comprendía, mezcladas con lamentos y el sonido rítmico de atabales y flautines de carrizo, saturaron sus oídos. Comenzó a boquear porque sentía que se ahogaba. Creyó que perdía la conciencia e iba a caer en la noche de un abismo, cuando un brazo embadurnado de tintura negra y grasosa, muy parecida al betún, atravesó los velos del espacio, los cortinajes del tiempo, y con la garra que tenía por mano le arrebató el corazón para llevárselo consigo.

Fueron tan solo unos segundos, más que suficientes para trastornarlo. Tuvo que sostenerse de la plancha para no caer al suelo. Tardó un rato en recuperar el aliento y en terminar su encomienda, pero cuando lo hizo supo que en adelante sería inmune a los sobresaltos.

—¡Te cayó el chamuco! —exclamó el Matracas al verlo tembloroso y con una palidez cadavérica—. No es fácil, vaya si lo sé, descoyuntar carne humana. Todos, hasta el más pintado, nos quebramos la primera vez. Ya, *aluego*, te vas acostumbrando y te las ingenias para pensar en algo agradable mientras les metes cuchillo. Yo, por ejemplo, imagino que estoy en la Alameda rodeado por un titipuchal de globos de todos colores, igual que el niño pintado en aquel mural del hotel que desbarataron los mochos porque tenía un letrero que decía que Dios no existe. ¡Válgame, qué barbaridad!

Pedro hizo oídos sordos. Los desplantes bucólicos del Matracas, torvo asesino capaz de apuñalar a su propia madre sin importar que estuviera embarazada, aunque sabía que los soltaba de buena leche, no solo le eran indiferentes sino que lo aburrían. Sin embargo, para su fortuna, el matón no se dio por enterado y tuvo tiempo de darle un consejo que le sería de provecho.

—Por eso creo que te caerá muy bien encomendarte a *la Señora, la Bonita o la Flaca*, en fin, como quieras llamarla, para que te proteja de todo mal, y en esta tu chamba de hoy en adelante te dé valor y fuerza para que no te agüites y se te aflojen los güevos.

Pedro captó de inmediato el mensaje. En Tepito todos conocen el culto que se rinde a la Santísima Muerte y la devoción que le profesan los criminales de todas raleas, entre los que se incluyen contrabandistas, pandilleros, ladrones, prostitutas, y en los últimos años narcotraficantes y presos enchiquerados en las cárceles de alta o baja seguridad, sin que a nadie le importe un carajo.

Comprendió que al igual que su cómplice y todos los implicados en el crimen organizado, necesitaba hacerse de un talismán con la advocación de una potestad que había demostrado con creces, al menos eso se afirmaba, ser más eficaz y cumplidora que los diputadillos de la Asamblea capitalina que no servían más que para robar y hacerse más pendejos de lo que ya eran. Tenía que curarse en salud y no estaba de más establecer un pacto con la «mera mera petatera», sobre todo ahora que sabía que la ocupación recién adquirida de profanador de cadáveres lo mantendría en el filo de la navaja, ya fuera de acero o de obsidiana, tanto bajo el escrutinio de los vivos como bajo la sombra de los mensajeros del pasado.

## II

El corazón, a pesar de estar frío y carente de destellos, se coloca sobre un pequeño brasero para que adquiera calor, suelte algo de sanguaza y sea ofrendado por el sacerdote, *tamacazqui*, a la deidad solar Huitzilopochtli.

Al desmoronarse, la víscera es absorbida por la piedra porosa de la escultura que está dentro del *cu* o adoratorio y que representa al dios supremo de los guerreros, el Sol en el cenit. La sangre, aunque escasa, salpica el rostro de Tizoc, el oficiante, el suelo y las paredes del recinto sagrado. Nadie presta atención a ello. Tizoc y sus compañeros, cinco sacerdotes que lo auxilian para sostener los brazos y las piernas de las víctimas colocadas sobre la piedra de los sacrificios situada a la entrada del santuario, están acostumbrados a lidiar con esas pequeñeces propias de su oficio. Llevan varias horas enfrascados en la tarea de alimentar al Sol con el precioso líquido, *chalchihuatl*, sangre humana caliente, espumeante, cuyos efluvios garantizan, al evaporarse y ascender al cielo, la supervivencia de sus deidades así como de los hombres y las mujeres que habitan los vastos territorios dominados por los señores del Anáhuac, en especial los aztecas asentados en México-Tenochtitlan, capital del imperio.

Ellos saben, así lo han aprendido durante su esmerada educación en el *calmecac*, «que nada nace, nada vive si no es por la sangre de los sacrificados». Un arduo entrenamiento les ha dado la destreza para ejercer una función que no tiene nada de amable y que la mayoría de las veces puede ser agobiante. En esta ocasión han tenido suerte. Solo han recibido treinta y ocho guerreros cautivos de Cuetlaxtlan para ser inmolados; una dotación pequeña si se considera que en otros momentos, sobre todo durante el desarrollo de las llamadas «guerras floridas», *xochiyaoyotl*, en las que combaten los ejércitos de los señoríos de México, Texcoco y Tlacopan, agrupados en la Triple Alianza, contra los de Tlaxcala, Huexotzingo y Zempoala, con el propósito específico de hacer prisioneros para ser ofrendados, el número de víctimas puede ser de varias centenas: cuatro mil durante el gobierno del *Huey tlatoani* Ahuítzotl, en una ceremonia memorable que aún recuerdan los ancianos con una sonrisa en la boca.

Van, pues, a terminar temprano y podrán disfrutar de los recintos que para su descanso y contento les ofrecen las edificaciones contenidas en la enorme plaza del Templo Mayor. Tizoc necesita un baño con urgencia. Su cuerpo teñido de color negro y su cabello desgreñado semejan un molote sanguinolento que, lo sabe, provoca espanto, y además apesta con el mismo hedor de los fermentos pútridos. Sin embargo, antes de dirigirse a la fuente de Tlilapan, que contiene *agua sombría* destinada a la higiene corporal de los de su clase, o al manantial llamado Toxpalatl, que suministra agua potable tanto a los sacerdotes como a la gente del pueblo, se detiene para echarle una mirada al templo del dios Tláloc, deidad de la lluvia, gemelo del de Huitzilopochtli, ambos construidos en la cima del

*Coatepetl*, Monte Sagrado, nombre con el que los aztecas designan a la portentosa pirámide.

Dada la hora del día y la iluminación reinante quiere solazarse en la contemplación de ambos templos, y al mismo tiempo reunirse con su amigo Yolatl, *Agua del Corazón*, para comentarle la extraña experiencia que lo hizo pepenar un corazón proveniente de otro tiempo, de una dimensión que le es totalmente desconocida.

El santuario de Tláloc, pintado de azul y blanco, tiene en su techo una crestería conformada por una hilera continua de caracoles marinos que simbolizan el agua y lo vinculan con las nubes para propiciar la lluvia. Tizoc lo considera un símbolo de la abundancia, ya que al hacer reventar las mieses procura al pueblo los alimentos que garantizan su bienestar. Le guarda al templo un cariño especial, y al dios una veneración profunda. Él hubiera preferido dedicarse a su servicio, pero la fecha de su nacimiento y su *tona* lo destinaron al culto de Huitzilopochtli y no tuvo la más mínima posibilidad de rehusarse porque ello le hubiera costado la vida. Empero, ha logrado reconciliarse con su sino y disfrutar el contraste que ambos adoratorios presentan.

Para él, el templo de Tláloc es un zafiro que al mirarlo desde donde está parado refulge con una luminosidad diáfana que se proyecta hasta el firmamento, como si fuese un espectro lunar, y le transmite cierta tranquilidad y un equilibrio benéfico para sus emociones; en cambio, el de Huitzilopochtli, una impresionante armazón recubierta de argamasa y cal cubierta con cráneos esculpidos y pintados de blanco sobre fondo rojo y rematada por una cenefa de mariposas que simbolizan el fuego solar, es un rubí que incendia en su ser

la encarnizada batalla entre la vida y la muerte. Así, mientras el primero lo une al espíritu y le permite recrear la cosmovisión de los nahuas, el segundo lo mantiene inmerso en los avatares de la guerra, el sacrificio y la sangre.

Tizoc se toma su tiempo para disfrutar del privilegio de estar en la cumbre. Recorre el templete de un lado a otro y se detiene para admirar las estatuas de figuras humanas que flanquean el *cu*, y en cuyas manos se colocan las astas de los estandartes de plumas multicolores utilizados para celebrar las fiestas más significativas del calendario azteca. Siempre le han resultado atractivas porque supone solo eso, que son las efigies de personajes relevantes en la historia de su pueblo, o quizá, las de algunos pecadores prófugos del *Mictlan*, la región donde moran los muertos.

A sus pies, rodeada por una muralla de serpientes entrelazadas que llaman *coatepantli*, la enorme plaza del Templo Mayor se extiende hasta donde fluye un canal paralelo al que bordea el palacio del *Huey tlatoni*. En su interior, a manera de «ciudad religiosa erizada de pirámides», están diseminados templos y construcciones dedicados tanto a las actividades de gobierno como al culto de diferentes deidades. No falta una que otra *tlacochcalli*, o casas de los dardos, que sirven como arsenales «no solo para la defensa de los templos, sino en general para todas las operaciones militares». Un espectáculo maravilloso que sobrecoge el ánimo de Tizoc cada vez que lo contempla.

Una señal de Yolatl lo saca de su ensimismamiento. Su amigo ha terminado con sus deberes rituales, consistentes en auxiliar al *Huey calpixqui* y a algunos dignatarios de los diversos barrios durante la penitencia que ofrecen a los dioses al pincharse las piernas con

espinas de maguey y verter su sangre en una urna llamada *quauhxicalli*, «recipiente en el que generalmente son depositados los corazones de las víctimas sacrificadas».

Tizoc se calza sus sandalias e inicia el descenso de las ciento catorce gradas o escalones con que cuenta la sección dedicada a Huitzilopochtli. Desciende con lentitud y cuidado. La escalinata está embarrada con la sangre de los cuerpos de los sacrificados que, una vez extraído el corazón, son lanzados desde la cúspide a fin de ser sepultados en una fosa común o su carne aprovechada como alimento de los *macehuales*, plebeyos o gente del común, y puede ser resbalosa. El sonido rítmico de un *huehuetl* y de varias flautas proveniente del *Mecatlan*, edificio que funciona a manera de escuela provisional de los jóvenes *tlapizque*, músicos protegidos por los altos dignatarios del imperio, lo hace detenerse a media escalera. Recorre con la mirada el espacio que lo separa hasta que identifica el edificio del *Mecatlan*. Es el que está a un lado del templo dedicado a Tezcatlipoca, «espejo que humea, divinidad de la noche, la guerra y la juventud», cercano al juego de pelota y a la calzada que une a la ciudad de México-Tenochtitlan con Iztapalapa. La vista es majestuosa y Tizoc queda embelesado. La transparencia del aire y los rayos oblicuos del sol le permiten admirar hasta el más mínimo detalle. Los colores que emanan del seno de la población estallan en sus pupilas y las impregnan con matices insospechados. Tizoc aspira los efluvios húmedos de la laguna donde bogan decenas de canoas, de sus riberas cubiertas por miles de flores, el rocío salado que el viento empuja desde el lago de Texcoco, la verdura, toda, de parcelas y chinampas mimadas por las manos de quienes las cultivan. Una fies-

ta para sus sentidos, para la piel morena que cubre su cuerpo elástico y musculoso. En ese momento piensa que a falta de una mujer con la cual compartir sus deseos, dados sus votos de castidad, la diosa de la carnalidad, el amor, el arte y la belleza, entre otros atributos, Xochiquetzal, se ha dignado venir a complacerlo para que su visión adquiriera la sensualidad de un sueño que lo recompense con una polución placentera.

El aliento de la diosa besa el pabellón de su oreja dirigida al este, acaricia su cuello y baja por la espalda hasta morder sus muslos. Tizoc oprime su tórax y exhala. Su miembro viril se inflama. Se ha transformado en la lagartija que en los códices que pintan los *tlacuilos* simboliza la lujuria. Siente el deseo de tocarla con sus dedos pero se abstiene porque comprende que si lo hace puede comprometerse, ya que le será imposible pasar desapercibido. Es más fácil y menos riesgoso dejarse poseer por la belleza del entorno hasta que sus músculos se cimbrén, y al asumir la epifanía que experimenta la lagartija escupa su simiente con la velocidad de una flecha.

Continúa el descenso. Al pie de la escalinata lo espera Yolatl embadurnado con tintura azul, las manos teñidas de rojo, y en sus mejillas unas franjas negras que denotan su ministerio en el culto de Tláloc. Ambos sonríen mientras Yolatl inquiere por qué se detuvo a la mitad de las gradas.

—No pude evitarlo —responde Tizoc sin esconder su alegría—. La plaza y los edificios que rodean nuestros *teocallis* son de una hermosura apabullante. Su traza me reconforta porque demuestra una sensibilidad profunda. No cabe duda de que cuando mi tocayo Tizoc y el *tlatoani* Ahuítzotl terminaron la última edificación del *gran teocalli* en el año 8-Caña, sus conoci-